

El hombre de la casaca roja

Pablo Espinosa

Mozart en Praga: su refugio contra el estrés.

Casaca roja, zapatos con hebilla, coleta recogida con un moño, los brazos abiertos en cruz, el pie derecho levantado. Flota, se desliza. Danza.

Su pie izquierdo resuena contra las baldosas, a media calle.

La perspectiva se fuga en un cielo poblado de corcheas, que nievan, son polen cayendo sobre las rojas tejas, las cúpulas, las agujas en que terminan algunos edificios a lo alto y las formas medievales, góticas y barrocas, la arquitectura de la vieja Praga, ese bello rincón del mundo donde el tiempo gira y se detiene, gira y vuelve a girar.

El presente gira hacia el futuro gira hacia el pasado.

Quien danza a media calle tiene nombres y apellido: Johannes Chrysostomus Wolfgangus Theophilus Mozart.

La imagen arriba descrita está reproducida en pósters, postales y camisetas, *t-shirts* diseñadas en Praga y deambulan por los rincones del planeta en un juego de tiempos donde el presente se espejea con el pretérito.

Siglo XXI: hay muchos Mozarts. Pululan. Sus sonrisas destellan por doquier, como luciérnagas diurnas.

Decenas de jóvenes vestidos con casaca roja, peluca blanca-gris, la coleta anudada con un moño, danzan por las calles de Praga, sonríen, invitan a los cientos de turistas a que visiten las muchas casas, templos, pequeños auditorios habilitados como salas de concierto, donde suenan las obras del hombre de la casaca roja, que dejó el cuerpo físico en 1791 pero es uno de esos inmortales que cobran cuerpo en cada esquina, en cada calle, en cada cuerpo que sonrío.

Son tantas las orquestas que interpretan a Mozart y tan estrechas las calles de

Praga, que si uno se para en una encrucijada o simplemente en una curva de la calle, escuchará al mismo tiempo la *Sinfonía 40* en el oído izquierdo, confundida con un *Divertimento* mientras en el derecho retumba la *Sinfonía Praga*, entrepieñada con el *Concierto para clarinete*.

Si nos alejamos de la barahúnda para ir a buscar la casa donde vivió Bed ich Smetana, siguiendo la exclusiva guía de la ciudad de Praga editada en Alemania y que conduce diestramente Nadja, recorreremos calles sin ton ni son sin encontrar el domicilio que marca el libro-guía, hasta que un sonido nos hace voltear: de una hermosa ventana ojival sale un torrente de sonido: una melodía de Smetana nacida de un piano plantado en una casa en cuyo interior, no nos cabe duda: vivió Smetana. Éxito en la búsqueda.

Busquemos ahora el café donde Mozart acudía a diario para jugar billar con sus amigos. Y mientras golpeaba con el taco las bolas de billar, pero sobre todo mientras calculaba las trayectorias posibles, componía música y al retornar al trabajo simplemente transcribía.

Siglo XVIII: Wolfgang Amadeus está nuevamente de visita en Praga. Es su lugar favorito en el planeta. En el carruaje camino a Praga desde Viena, inmortalizado ese viaje por una hermosa novela de Eduard Mörike, Volfi compuso bastante música que en Viena no es bien recibida, ciudad tan llena de envidias, tramas macabras, jugadas políticas en su contra, hostigamiento laboral y acoso psicológico.

En Praga, en cambio, es muy querido. No hay aquí nadie que se sienta herido porque Volfi sea tan querido al punto que es Volfi, en lugar de Wolfgang. No hay nadie en Praga que lo quiera sojuzgar con amena-

zas de muerte laboral, humillaciones, sobajamientos.

Antonio Salieri y el Misterioso Desconocido que le encargó el *Réquiem* no son sino metáforas de todo aquel que envidia el éxito ajeno, de todo aquel que es déspota como jefe, de todo aquel para quien la violencia, las amenazas son sus únicas armas en la vida, de todo aquel que mata a los demás en muerte lenta, los enferma con su despotismo.

Así como Stalin sufrió mucho al ver que Dmitri Shostakovich era superior a él y además era muy querido por los demás, lo aplastó, lo hizo pedazos, lo amenazó de muerte y lo acosó hasta que Shosta enfermó letalmente, así Mozart fue víctima del poder y de la envidia.

Porque Mozart, digámoslo de una vez, murió de una combinación fatal de exceso



de trabajo con maltrato psicológico. De la maldad que habita las penumbras, sonrío, esconde la daga y la hunde cuando cree que nadie la ve, a la maldad, cualquiera la forma humana que tome.

Por eso muchos “biógrafos” aseguran que Mozart “deliraba” y decía que Salieri lo había envenenado, y que un Misterioso Desconocido le había encargado ¡su propio *Réquiem!*

Esos “biógrafos”, sin saberlo, recogieron los pedazos de rompecabezas que conforman la historia y que toman las formas insondables de metáforas.

Así como la ciencia médica del siglo XXI llegó a la conclusión recientemente que Janis Joplin pudo haber salvado la vida si se le hubiera diagnosticado a tiempo el síndrome de *deadzone* que padecía, pero que en 1969 no había avanzado la ciencia médica, y con un vulgar Tafil habría sido suficiente, los médicos de Mozart no hubieran errado tanto en el diagnóstico y él no habría padecido problemas renales y de índole variada, debidos a los tratamientos clínicos brutales (sangrías, punciones, tormentos mil) a los que fue sometido.

Es evidente: Mozart murió de estrés.

No se necesita ser Benedict Cumberbatch para encarnar hoy en día a Sherlock Holmes y llegar a tal conclusión.

Prácticamente todos los muchos biógrafos coinciden: el último año de su vida, Mozart sufrió de agotamiento físico, pero ninguno de ellos se atreve a decir que toda esa discusión, apasionante por cierto, en torno a la enfermedad por la cual murió Mozart, la que por cierto todavía ignoran cuál es y se detienen en la pura sintomatología, no es sino la consecuencia de una combinación fatal de exceso de trabajo con maltrato psicológico. Estrés, le llaman en el siglo XXI.

Exceso de trabajo: de todos es sabido que Volfi era un creador *multi-task*, una máquina de crear *multi-track*, un compositor que creaba varias partituras al mismo tiempo. Mozart tenía mente femenina.

No salen de su asombro los matemáticos: Mozart empezó a escribir música y dar conciertos, es decir, empezó a trabajar a los tres años de edad. El número de obras que escribió en 32 años de trabajo no corresponde con el tiempo libre disponible para un artista en ese lapso.

Continuemos, pide Cumberbatch. Oqueei: es de todos también sabido que Volfi era un gualón, que le gustaba lo bueno, lo fino, lo cómodo, lo apapachador, lo elegante, lo mejor.

Su casaca roja le costó una fortuna. Comprarse ese tipo de ropa, incluidos los calzones de seda, era en el siglo XVIII como comprarse en el siglo XXI trajes y calzones Armani.

Pedía dinero prestado y cuando estaba por vencer la fecha límite de pago, pedía otro préstamo para paliar el préstamo anterior.

Pero cuando se sentaba a escribir música era muy feliz. Ningún biógrafo, por cierto, ni nadie en sus cabales, se atreve a decir que Mozart era un *workaholic*, porque es evidente que Volfi amaba su trabajo, no era compulsión lo suyo, sino amor incondicional.

Además, tenía muy clara su misión: “hacer que todos los demás sean felices”. ¿Quién no es feliz cuando escucha la música de Mozart?

Sus deudas las resolvía con trabajo, que hacía con gusto, pasión, entrega. Se entregó a los demás a través de una música que está por encima de toda maldad humana.

Los biógrafos más serios apuntan el dato sin mayor dramatismo, que ni falta hace: en sus últimos meses de vida, Volfi caía desmayado sobre la partitura que estaba escribiendo, recuperaba el sentido y seguía trabajando.

Hay que decir que el escritorio de Volfi era alto porque a él le gustaba extender medio cuerpo sobre él y para eso escribía de pie: sus ojos siempre estaban a pocos centímetros de lo que escribía.

Constanze, su mujer, quien por cierto fue quien lo bautizó para la posteridad como Volfi, es la primera declarante-testigo: “Volfi murió como consecuencia de esfuerzo excesivo”, según lo documentan los biógrafos serios.

Cierto, Mozart murió dentro del rango de esperanza de vida en su época. Certo también que el estrés debilita el sistema inmune, baja las defensas del cuerpo y lo expone a cualquier enfermedad. Certo: la higiene en el siglo XVIII era muy endeble y no existían los antibióticos ni las muchas opciones médicas del siglo XXI. Certo: Mozart murió de estrés, insiste Be-

nedit Cumberbatch, sin quitarse sus audífonos, su iPod escondido en su elegante abrigo de detective. Es cierto también que está escuchando música de Mozart. Es fácil deducirlo.

Pasemos ahora al segundo punto de la hipótesis: maltrato psicológico.

Es de todos sabido que Volfi es el primer artista profesional independiente en la historia.

Antes de él, todos eran sirvientes. Los sobajaban obispos, duques, reyes, reyecitos, reyezuelos. Lo más culto de entre el clero y lo más podrido de la Iglesia.

Él, Volfi, nunca tuvo problemas de autoridad ni de creencias. Su mente era libre. Escribió las misas más hermosas de la historia y hasta se divertía. Basta recordar la vieja anécdota del pinche obispo jodón que lo acosaba y de plano un día le dijo: “yo ya te pagué la misa, ¿en dónde está?”. Aquí está, le respondió Volfi señalando con el índice su cerebro: “sólo me falta tiempo para sentarme a transcribirla”.

Nadie podía interponer una demanda contra un obispo, un duque, un reyezuelo. Ni hace tres siglos ni en pleno siglo XXI.

Hay quienes detentan el poder y lo ejercen como enfermos mentales no diagnosticados y enferman a sus subordinados con sus amenazas, su violencia, su maltrato laboral impune. Hay quienes mueren, hay quienes resisten.

Así como no hubo nadie que interpusiera una demanda contra los poderosos que oprimieron a Mozart ni contra Salieri que le hizo la vida de cuadritos, todos por purísima envidia, por enfermos del alma, hoy nadie presenta demandas contra el maltrato psicológico que priva por doquier, ejercido por personas que viven en la impunidad, simplemente porque son muy poderosas.

Cierto, existen “comisiones de derechos humanos” y similares. Certo, la injusticia, la impunidad perviven. Hoy no hay obispos, reyecitos ni reyezuelos, hoy quienes aplastan se han transformado en un ente complejo, perverso, en círculos concéntricos de seres enfermos que están en el poder porque se traspasan el poder entre ellos mismos.

El tema, entonces, es la impunidad. La injusticia. Las formas sofisticadas de esclavitud. La condición humana.

Por ser independiente, brillantísimo, amado y diferente, por ese simple hecho Mozart enfrentó al poder, sin proponérselo. Y el poder volteó, lo miró por encima de su hombro y se divirtió, disfrutó mucho en maltratarlo, mientras otras muchas intrigas y malquerencias e hipocresías se tejían en paralelo en su entorno.

El Hombre Misterioso que encargó el *Réquiem* a Volfi es solamente una metáfora.

Es de todos sabido que Mozart padeció todo tipo de humillaciones por doquier, especialmente en Viena. Pero nunca en Praga. El propio Volfi lo decía así: "*meine Prager verstehen mich*": mis praguenses sí me comprenden.

Para ser un compositor independiente, un profesional al servicio no de los poderosos sino solamente de todos los demás, es decir, del arte que escribía para los otros, Mozart tuvo que trabajar muy duro.

Cierto, se gastaba lo que no tenía, muy cierto, ¿saben por qué? Simplemente porque era un ser humano.

Tampoco para deducir eso se necesita ser Benedict Cumberbatch.

El propio Stendhal lo puso en palabras: "Mozart no estaba en su puesto para halagar a los poderosos y hacer colocar su nombre en la boca de la multitud, por lo que no ha penetrado en Europa hasta después de su muerte".

Por cierto, hace poco tiempo, en el siglo XXI, científicos llegaron a una conclusión que pone en mayor ridículo a todo aquel que gusta de satanizar ("se murió por gastalón, por trabajar mucho y no disfrutar de la vida, por esto y por lo otro y por etcétera") a los caídos en batalla: gracias a que Mozart prefería lo mejor de lo mejor, compraba las tintas más caras, las plumas más finas y el papel más exquisito y es así como conocemos hoy, siglo XXI, sus cartas y sus partituras, simplemente porque la calidad de las materias primas impidió su deterioro físico.

Mozart poseía un sentido del humor espléndido. Eso también le ayudó.

Su aspecto físico, el cuerpo que le fue prestado por 35 años, también le ayudó: pasaba desapercibido.

Los mejores biógrafos desgranar una cantidad impresionante de testimonios: nadie daba un centavo por Volfi. Nadie sos-



pechaba que en ese hombrecillo insignificante vivía un genio.

Por su profesionalismo, merecen ser nombrados los biógrafos serios: Wolfgang Hildesheimer, H. C. Robbins Landon, Maynard Solomon.

A diferencia del resto, estos estudiosos se ocuparon de investigar la verdad y dejaron de lado la leyenda, el mito, la telenovela.

Es de todos sabido que nadie conoce físicamente a Mozart.

Vaya, hasta la máscara mortuoria desapareció.

No hay a la fecha un retrato fidedigno.

Solamente la pintora Barbara Kraft logró aproximarse al Mozart real, en un óleo que pintó ella en 1819, es decir, 28 años después de la muerte del retratado.

El rompecabezas lo arman entre varios biógrafos que consultaron a personas que conocieron a Volfi.

Que hable primero su mujer, Constanze: "su voz era de tenor, suave al hablar y delicada al cantar, pero cuando algo lo entusiasmaba, o algo requería de su esfuerzo creativo, su voz era al mismo tiempo poderosa y energética".

Ahora que hable el coro, *ad libitum*: tenía hermosas manos; su rostro tenía marcas de varicela; no era agraciado físicamente y sin embargo las mujeres lo amaban, lo buscaban, lo seguían, atraídas por la hermosa luz interior que repartía.

Sigue el coro: le gustaba la buena comida, que él llamaba "cocina angelical" acompañada del "glorioso vino Moselle".

Volfi se autorretrataba así, en Praga, siglo XVIII: "*Mozart magnus, corpore parvus*": Mozart el grande, de cuerpo insignificante.

Le gustaba pasar inadvertido. Así sus malquerientes se calmaban.

Solamente las mujeres y algunos de sus muchos amigos supieron que dentro de ese pequeño ser habitaba un gigante.

¿Por qué en realidad todos sí conocemos a Mozart? Por la belleza de su música, por su luz interior, que desvanece todo aspecto físico, y esa es la verdadera belleza de cualquier persona y es por eso que los pintores, los retratistas, los hacedores de pósters y *t-shirts*, y sobre todo quienes amamos su música, tenemos de Volfi una imagen de belleza humana absoluta. Un ángel con casaca roja.

Sobre el Puente de Carlos, en Praga, siglo XXI, hay un hombre alto, guapo, disfrazado de Mozart. Tiene casaca roja, peluca blanca, coleta recogida con un moño, los brazos abiertos en cruz, el pie derecho levantado. Flota, se desliza. Danza.

Las muchachas, fascinadas, se arremolinan en torno a él. Se toman muchas *selfies* y las suben a Internet.

Volfi sonríe.

Es Benedict Cumberbatch disfrazado de Volfi.

Les dice al oído a las muchachas que sonríen: "Volfi murió de estrés y de acoso laboral, víctima de envidia".

Pobres de quienes hoy ejercen la maldad y son impunes. Acosan, maltratan, amenazan y enferman a los otros y sienten envidia del que tiene éxito y es amado por los otros. Pobres de quienes ejercen el poder sin estar preparados para eso. Pobres de quienes quieren ser malos. Deben seguir sufriendo mucho. Pobres, necesitan escuchar la música de Mozart para curarse. Para que sean felices.

Así es que, muchachas, bésenme mucho y bailemos la música de Volfi, que nos hace a todos tan felices.

Al otro lado del puente, sobre el río Moldava y a través del río de gente que deambula, John Watson sonríe a Cumberbatch y levanta el pulgar derecho, a lo que su amigo responde de inmediato:

—Elemental, mi querido Watson. **U**